

Buenos Aires. Piedras en la ciudad bajita

Caparrós, Martín

Martín Caparrós: Narrador y periodista argentino. Entre sus novelas están *Ansay* o *los infortunios de la gloria* y *La noche anterior*. Actualmente es director del mensual *Página 30*, de Buenos Aires.

Mi favorita está colgada del filo que separa dos suposiciones; de un lado se supone el río; del otro, la ciudad. Ella intenta, como todas ellas, reproducir lo pasajero de un muerto; la estatua vampiriza al modelo. Ella fue tallada hace más de cien años y él fue pasajero del barco que separaba, ya entonces, Buenos Aires de Montevideo. La noche del 20 de enero de 1871, aquella noche, él intuyó, en medio del naufragio, que en esos tiempos sin televisión el esfuerzo de un gesto le valdría un monumento. Trémulo, afectando la máscara de la serenidad, le cedió casi sin miradas su salvavidas a una señora de carnes desbordantes y se hundió, acto seguido, con un último manotón de cortesía.

- «Por algo que aquí veo presiento...»

Uno de los dos está sobrando, caballero.

- Soy yo: usted se va. Se lo merece. Ha inventado usted un género, señora, que vivirá por siempre.

Se llamaba Luis Viale. Meses después, la fiebre amarilla que lo habría matado diezmó la ciudad, y cambió para siempre sus orientaciones: los ricos abandonaron el sur, se llevaron sus cuerpos y, alrededor del nuevo cementerio de la Recoleta, organizaron un norte que empezara por fin a parecer europeo. Entonces, cuando la muerte fatal hubo pasado, los restantes suscribieron para formarle una estatua al hombre que había simulado elegir la suya. La esculpió un italiano y la emplazaron, como era lógico, en la nueva glorieta que se estaba construyendo frente a las aguas del río que se lo había tragado: la costanera del Río de la Plata. Allí, de blanco, el hombre todavía repite interminable el gesto de arrojar su salvavidas.

Pero desde hace quince años ya no hay dónde. Primero llegaron tierras de aluvión, que el río dejaba y nadie se ocupó de quitar. Después, sobre las tierras, se fueron posando plantas, y animales, y árboles. Ahora, frente a la balastrada de la Costa-

nera sur se extienden tres o cuatro kilómetros de tierras salvajes, que algún burócrata llamó la reserva ecológica.

No hay nadie: nunca hay nadie. Sin río, el lugar se ha quedado desierto. La Casa Rosada, la Plaza de Mayo y los grandes bancos están apenas detrás a cinco minutos de marcha, pero aquí sólo se ve de tanto en tanto un grupo de chicos huyendo del colegio. La Costanera sur es un vestigio de otros tiempos, de otro país, de otra idea del tiempo. Una ruina de la ciudad que la naturaleza va recuperando poco a poco. Aquí ha instalado su cabeza de puente la vanguardia de los yuyos que algún día serán Buenos Aires. Los jacarandás, violetas en noviembre, siguen floreciendo testarudos, para nadie y, como ellos, un caballero argentino muere todo el tiempo para ceder su salvavidas a un herbazal desangelado.

Aquí ha instalado su cabeza de puente la vanguardia de los yuyos que algún día serán Buenos Aires

- Mi alma tiene sed de Dios, dice la palabra, y Dios será su calma y su delirio.

Grita un ex-borracho resucitado de pantalón crema y un altavoz que le cuelga de la mano izquierda, mientras revolea la derecha como si Dios sólo viviera en aires turbulentos. A su alrededor, la plaza Once se llama Miserere porque, en realidad, guarda en un bunker sin renuncios la tumba del primer presidente argentino, Rivadavia, y las olas incesantes que corren a tomar un tren de cercanías.

En la plaza hay colas y colas de argentinos de un color más subido, más mestizo, que esperan la salida de micros suburbanos, interminablemente, y un viejo de setenta, gordo y resoplado, corre a un chico de quince sin ninguna chance y a los gritos.

- ¡Agarrenlo que me robó todo! - ¡Agarrenlo!

Los que esperan se dan vuelta, observan la carrera, comentan sus alternativas desparejas.

- Le robó.

- Si, es un ladrón.

- Y para qué está la policía.

- Deberían matarlos a todos.

El chico se desvanece entre escapes de ómnibus. Un hombre con jopo brillante y siete dientes vende lápices japoneses con goma en una punta. Cada tanto, otra banda de chicos cruza la plaza al trote firme, y las manos aseguran bolsos y bolsillos. Los chicos tienen pelo muy largo, camisetas, jeans viejos. Un fotógrafo colorea una foto de familia junto a su cámara cajón. Más allá hay otro, la competencia, que usa polaroid. El ex-borracho insiste en que nadie puede decirle a su amada te amo si ha dejado entrar en su cuerpo el diablo del alcohol.

- Yo tenía intentos de suicidio, varios tenía, malos, hasta que un día lo encontré a Jesucristo, varón, mujer.

Grita el ex. Un par de chicas sin clientes lo miran con cariño. Usan medias negras y tacos de la Betty Boop, pero no parecen haber dado con el sitio correcto. Hace treinta grados a la sombra; el ex está en el sol, junto a Dios y seis viejas que se balancean como ahorcados al ritmo de su arenga. El viejo se ha resignado al robo y le grita a otro predicador, que tiene dos guitarreros y un tamboril para la verba algo trabada, si su Dios es tan hijo de puta que permite que a él le roben la pensión. El de los guitarreros mira al cielo, como si preguntara. No va a llover. Las colas se renuevan, se engrosan sin parar. En los kioscos venden fruta madura, salchichas, coca-cola y el pasquín de un grupo nacionalista con boinas rojas y chaquetas verdes.

- ¡No cierre los ojos al futuro de la patria! ¡Mire a los ojos el futuro de la patria!

Vocean los salvadores. Un señor con gorra calada y zapatos blancos, viejos, le reprocha a una mujer de sandalias de plástico que le pegó a un chico demasiado fuerte, en la cabeza.

- Yo le pego donde quiero: es mi hijo.

Grita la señora, con medio cigarro apagado entre los labios.

- Lo único que falta es que se metan en mi vida

La ciudad se deshilacha en las grandes estaciones. Allí junto a las trenes, las fronteras intentan disfrazarse de fronteras míticas y todo queda en chasco. Para contrapesar, hace mucho que han puesto, en el medio de la ciudad, una mole demasiado obvia. El obelisco ha sido tanto y tan vulgarmente interpretado como el falo porteño, que ya no se empina. Es, igual, un signo: un monumento egipcio que retomaron los imperios - romano, francés, british -, instalado en el centro del centro para

festejar los 120 años de la República y leído en clave vienesa, psicoanálisis-chasco. Lo interesante, como siempre aquí, es la lectura - que haya una lectura -. Buenos Aires es una ciudad en segundo grado, sin tradiciones propias, sin la obligación de una tradición, todo en ella relectura de otras historias, apropiación de otras historias. Por eso Borges es el único escritor porteño.

(Si no hay tradición firme, la ruptura es mucho más difícil. Buenos Aires es, más que muchas, una ciudad que funciona por modas. Intelectuales - el lacanismo, el realismo sucio o el cine de Almodóvar -. Ornamentales: todo. En Buenos Aires, cada sector que puede usa la ropa, los lugares y adminículos que le marcan los cánones del día. Parece Italia, o España cuando se creía rica.)

Ella dice que en Buenos Aires ya no se puede vivir.

- Cuando yo era chica...

- Dice. En la ciudad, desde hace algunos años, el mito ya no está hecho de futuro.

Me gusta que mi ciudad sea un eructo de la antropofagia. Juan Díaz de Solís, el primer español que se acercó a estas tierras, fue merendado por unos indios que prefirieron bueno por conocer. Después cuando llegó su primer fundador, Pedro de Mendoza, los hombres de su mesnada se entrecomieron con furor y culpa, por falta de otras vituallas. Entre el placer y el remordimiento a favor de ambos, en este campo y pajonales los cuerpos fueron engullidos sin respiro. Durante décadas, Buenos Aires se fue alimentando de lo más diverso: barcos llegaban desde todas las partes, trayendo la ración, los variados manjares. Lo que lamento es que, en estos días, ya casi todo haya llegado, casi todos los platos ya han sido consumidos y la ciudad es, ahora, el relente del bono alimenticio.

Nos perdimos el placer del voyeurismo, ver el momento de la ingesta o coito y no las gracias del nene un poco gordo, un poco baboso, suavemente patético en las noches de verano.

La ciudad se deshilacha en las grandes estaciones. Allí, junto a los trenes, las fronteras intentan disfrazarse de fronteras míticas y todo queda en chasco.

Ella es rubia como el azabache, y tiene las piernas más largas al sur del Orinoco: si alguna vez terminaran serían perfectas. Ella sabe todas las palabras que hay que decir, y sólo cuatro más. Ella se ha puesto las tetas de salir y boquita de despreciar al mundo y, además, lleva una falda ínfima, una camisa carísima y se aburre; en su

mesa, frente a whiskies con hielo y un trago lechoso, tres hombres sudan bajo trajes y hablan de la cosecha.

- Sacamos sólo doce millones porque fue un año difícil, y además va a haber que comprar un par de máquinas.

Cada millón es un millón de dólares; hubo tiempos en que no se hablaba de cosas en la mesa. Alrededor de la mesa hay docenas de mesas, todas blancas, con sillas anatómicas; anochece en la terraza de La Biela, junto al cementerio. Detrás, en el frente del bar, murales socarrones reproducen escenas que, alguna vez fueron de las mesas y que, ahora, las mesas tratan de imitar.

Hay, en la pintura, otros tres señores de traje, calvos y de ojos saltones, que se conmueven al paso de un cuerpo sin cabeza y falda muy trajeada megalítico, de piernas tan rotundas como el sabor local pretende.

- Una potra infernal.

- Seguro que es un gato.

Aquí los gatos se acuestan con señores por quinientos dólares la noche, y e doble si salen en la tele. Un camarero, de blanco y pajarita, se asombra interminablemente en la pared ante un playboy tostado y distraído que lo atropelló mientras saluda a alguien fuera de cuadro. El camarero nunca caerá del todo; su lado, un siempre listo de pelo canoso y sonrisa recién comprada estira una mano con pulsera de oro hacia una mano con tres onzas troy situada en e extremo oeste de una mujer llena de rulos y de carnes, apenas veladas por vestidito negro.

- ¿Por qué estás mal? Contame, contame.

- Con la mudanza, Merce, no me decido a qué decorador llamar.

Dicen, en otro cuadro, cuatro rubias con anteojos nigérrimos y bronceado al tono, ropa de exposición y maridos inmejorablemente cotizados pero ausentes. Se congijan tapándose las bocas con las manos, pero una de ellas good christ, tira a gordita: algún cirujano plástico o pintor de brocha gorda se ocupará, pronto, de ella. En el fresco de al lado, dos parejas de modernos muy pasados de moda ponen cara de hastío, que era lo suyo. Una de ellas come perlas a bocados fríos, y los otros la miran calculando los mordiscos que faltan para el final de todo.

- ¿Lo viste ayer a Juan Facundo?

- Qué maravilla, está cada vez más reventado.

Un poco más abajo, en la calle real, tres chicos zaparrastrosos buscan juguetes de fortuna en un cubo de basura. Por suerte - o por exceso de celo - ellos también son rubios. Detrás, la iglesia blanca y ocre del cementerio vigila con su torre sola y, más acá, dos turistas alemanes de mediana edad enrojecen de excitación y piden más cerveza: la diferencia más cruel está en lo parecido.

En la Recoleta - aquel cementerio - los templetos neoclásicos piden marchas de Verdi. Aquí los muertos se alejan de la tierra: son los dueños de la tierra, reposan en cajones con brillos sobre lechos de piedra. Al lado, detrás del paredón, cafés y restoranes, mesas al aire libre con lo más granado de la crema, los comerciantes ricos, las putas como naves, los perros perfumados, los políticos más caros. Entre ambos, en el medio de todo, un árbol. Ese ficus tiene por lo menos dos siglos y cincuenta metros de diámetro: es una estatua a la desidia patria: dejad que natura lo haga por mí. Y lo hacía maravillosamente.

Hay, en la pampa, árboles así. Alrededor de cada árbol se organizan leguas y leguas de llanura indistinta. Buenos Aires, a imagen y semejanza. Una vez dejado el centro, la arboleda, la ciudad son decenas de kilómetros de casitas bajas, indistinguibles, un croquis burdo del desierto, una esfera en la que todos los puntos, para el profano, se equivalen. Es la ciudad-laguna, la forma urbana de la pampa.

Esta no es tu ciudad.

- Besame.
- Ni nunca va a ser tu ciudad.
- Más abajo.
- Y no importa los esfuerzos que hagas para que lo sea.
- Ahí no tarado, no seas maricón, te dije ahí.
- Porque vos naciste acá, y nadie es dueño de la ciudad si no eligió ocupar y vos menos que nadie.
- ¡Será posible que no sea posible...!
- Perdoname, ya mismo te chupo toda toda.
- Toda no. Ahí.
- Tené cuidado, que los yuyos raspan.
- ¿Y vos te creés que es la tuya?
- Ahí, te gusta ahí?
- ¿En serio te lo creés?

Otra vez en la periferia: en aquella Costanera sur, bajo jacarandás, cerca de los amantes pobres, fugitivos, hay una estatua exilada. Son mujeres - ¿nereidas? - amplias de caderas que sostienen unos caballos y huyen de hombres más desnudos aún. Es la escultura de una mujer - Lola Mora - de fines del 800, y estuvo unos años en el centro hasta que una liga madres de familia y la costumbre de los marineros de bañarse en su fuente y abrazar a sus mujeres consiguió desterrarla. En el borde encontró su lugar.

Un ejemplo imposible: la ciudad nunca aceptó su lugar en el borde. Recién ahora, tras tanto los porteños empiezan a descubrir que todo está muy lejos, que con cerca está el final.

Y aparece la convicción penosa de que no fue siquiera un exilio, el castigo a los cuerpos que provocan, si no sólo el azar, la tozudez, la tontería de fundar ciudades.

A veces, todavía me sorprende que haya en algún lugar una ciudad que se parezca tanto a mí en mis rasgos más canallas, más despreciables - y que esa ciudad sea Buenos Aires -. Cualquier casualidad es necia; nacer no significa casi nada. Pero me sigue impresionando, algunas tardes, confirmar que el adoquinado de aquella calle es igual a la vulgaridad de mi nariz, o que el frente de esa casita hortera y coquetona suena como el tono de mi voz algunas seducciones o que hay árboles que caen como yo los olvido; la certeza de que si Buenos Aires fuera de verdad, yo sería ya definitivamente innecesario.